

ANNA TODD

AFTER. AMOR INFINITO

(Serie After, 4)

CAPÍTULO 1

Tessa

—Eso es imposible.

Me levanto, pero al instante vuelvo a sentarme en el banco al sentir que el césped parece moverse bajo mis pies de manera inestable.

El parque se está llenando de gente; de familias con niños cargados de globos y regalos a pesar del frío que hace.

—Es verdad. Hardin es hijo de Christian —dice Kimberly con sus ojos azules brillantes fijos en un punto.

—Pero Ken... Hardin es idéntico a él.

Recuerdo la primera vez que vi a Ken Scott, en una yogurtería. Supe de inmediato que era el padre de Hardin; su cabello oscuro y su estatura me llevaron en el acto a esa fácil conclusión.

—¿Tú crees? Yo, aparte del color del pelo, no les veo el parecido. Hardin tiene los ojos de Christian y la misma estructura facial.

«¿En serio?» Me cuesta visualizar los tres rostros. Christian tiene hoyuelos, como Hardin, y los mismos ojos..., pero esto no tiene sentido: Ken Scott es el padre de Hardin; tiene que serlo. Christian parece tan joven comparado con Ken... Sé que son de la misma edad, pero el alcoholismo de este último causó estragos en su aspecto. No deja de ser un hombre atractivo, pero salta a la vista que el licor lo ha envejecido.

—Esto es... —Me cuesta encontrar las palabras, y también el aire.

Kimberly me mira como disculpándose.

—Lo sé. Me moría por contártelo. Detestaba tener que ocultártelo, pero no me correspondía a mí revelarlo. —Coloca la mano sobre la mía y me la aprieta suavemente—. Christian me prometió que, en cuanto Trish le diera permiso, él mismo se lo contaría a Hardin.

—Es que... —Inspiro hondo—. ¿Es eso lo que está haciendo Christian? ¿Se lo está contando a Hardin en este momento? —Me levanto de nuevo y dejo caer la mano de Kimberly—. Tengo que ir con él. Va a...

Ni siquiera puedo imaginar la reacción de Hardin ante esa noticia, especialmente después de haber sorprendido a Trish y a Christian juntos anoche. Esto será demasiado para él.

—Así es. —Kim suspira—. Trish no estaba del todo de acuerdo, pero según Christian empezaba a dejarse convencer, y las cosas se estaban desmadrando.

Mientras saco mi teléfono, mi único pensamiento es que no me cabe en la cabeza que Trish le ocultase esto a Hardin. La tenía en mucha mejor consideración como madre, y ahora me da la sensación de que no conozco a esa mujer.

Cuando ya tengo el teléfono pegado a la oreja y la línea de Hardin empieza a sonar, Kimberly dice:

—Le dije a Christian que deberían estar juntos cuando fuese a contárselo, pero Trish le aconsejó que estuvieran a solas si lo hacía...

Kimberly aprieta los labios, echa una ojeada al parque y después levanta la vista al cielo.

Me salta el tono monótono del buzón de voz de Hardin. Llamo de nuevo mientras mi amiga aguarda en silencio, pero sólo consigo que el buzón de voz salte por segunda vez. Me meto el celular en el bolsillo trasero y empiezo a retorcerme las manos.

—¿Puedes llevarme hasta él, Kimberly? Por favor.

—Sí. Por supuesto. —Se pone de pie y llama a Smith.

Al ver al pequeño corriendo hacia nosotras con lo que sólo

puedo describir como andares de mayordomo de dibujos animados, de repente caigo en el hecho de que Smith es hijo de Christian... y hermano de Hardin. Hardin tiene un hermanito. Y entonces pienso en Landon... ¿Cómo afectará esto a la relación entre Landon y Hardin? ¿Querrá Hardin tener algún contacto con él ahora que no los une ningún vínculo familiar? Y ¿qué pasa con la dulce Karen y su deliciosa repostería? Y ¿con Ken? ¿Qué pasa con el hombre que tanto se está esforzando por enmendar la terrible infancia de un niño que no es su hijo? ¿Sabe que no es su padre? Me va a estallar la cabeza y necesito ver a Hardin. Necesito asegurarme de que sepa que estoy aquí para él, y que superaremos esto juntos. No puedo ni imaginarme cómo debe de sentirse en estos momentos; debe de estar terriblemente agobiado.

—¿Smith lo sabe? —pregunto.

Al cabo de unos instantes de silencio, Kimberly responde:

—Creíamos que sí por cómo se comporta con Hardin, pero nadie se lo ha dicho.

Siento lástima por Kimberly. Ya ha tenido que enfrentarse a la infidelidad de su pareja, y ahora esto. Cuando el pequeño llega junto a nosotras, se detiene y nos observa con una mirada misteriosa, como si supiese exactamente de qué estábamos hablando. Sé que no puede ser, pero el modo en que se adelanta y se mete en el auto sin decir ni una palabra me hace dudar.

Mientras recorremos Hampstead en busca de Hardin y de su padre, el pánico no para de subir y bajar en mi pecho.

CAPÍTULO 2

Hardin

El crujir de la madera partiéndose resuena por todo el bar.

—¡Hardin, para! —grita Vance desde alguna parte; su voz retumba en el local.

Otro chasquido seguido por el ruido de cristal rompiéndose. El sonido me complace y alimenta mi sed de violencia. Necesito romper cosas, dañar algo, aunque sea un objeto.

Y lo hago.

Oigo unos gritos que me sacan de mi trance. Me miro las manos y veo el extremo astillado de la pata de una silla cara. Levanto la vista hacia las expresiones alarmadas de unos desconocidos y busco un único rostro: el de Tessa. Pero ella no está aquí, y en este momento de rabia no sé si eso es bueno o malo. Estaría asustada; estaría preocupada por mí, presa del pánico, estresada y chillando mi nombre para ahogar los gritos que resuenan en mis oídos.

Dejo caer rápidamente el trozo de madera como si me quemara la piel. Y entonces noto que unos brazos me rodean los hombros.

—¡Sáquenlo de aquí antes de que llamen a la policía! —dice Mike gritando más fuerte de lo que lo había oído jamás.

—¡No me toques! —Me quito a Vance de encima y lo fulmino con una mirada de furia.

—¿Quieres ir a la cárcel?! —chilla a tan sólo unos centímetros de mi cara.

Quiero lanzarlo al suelo, agarrarlo del cuello y...

Pero entonces, un par de mujeres gritan y evitan que vuelva a

caer en ese agujero negro. Echo un vistazo al elegante bar y veo los vasos hechos añicos en el suelo, la silla rota y las expresiones de horror de los clientes que esperan salir ilesos de esta carnicería. Su estupor tarda sólo unos instantes en transformarse en una tremenda ira dirigida a mí por el hecho de haber interrumpido su costosa búsqueda de la felicidad.

Christian me sigue cuando paso a toda velocidad junto a una camarera y salgo del local.

—Entra en mi auto y te lo explicaré todo —resopla.

Temiendo que la policía aparezca en cualquier momento, le hago caso, pero no sé cómo sentirme ni qué decir. A pesar de la confesión, mi mente no consigue asimilarlo. Es tan imposible que resulta ridículo.

Me acomodo en el asiento del acompañante mientras él ocupa el del conductor.

—No puedes ser mi padre —digo—. Es imposible. No tiene ningún sentido. —Al reparar en el caro vehículo de alquiler, me pregunto si Tessa estará tirada en ese maldito parque en el que la he dejado—. Kimberly tiene auto, ¿verdad?

Vance me mira con expresión de incredulidad.

—Sí, por supuesto que lo tiene.

El suave ronroneo del motor aumenta de intensidad conforme sorteamos el tráfico.

—Lamento que te hayas enterado de esta manera —suspira Christian—. Todo parecía ir bien durante un tiempo, pero de repente la cosa empezó a patinar.

Permanezco callado. Sé que perderé el control si abro la boca. Mis dedos se clavan en mis piernas y el ligero dolor me ayuda a mantener la calma.

—Te lo explicaré todo, pero necesito que mantengas la mente abierta, ¿de acuerdo? —Me mira un instante y veo la compasión en sus ojos.

No quiero que nadie me compadezca.

—¡No me hables como si fuese un puto niño! —replico.

Vance me mira y se centra de nuevo en la carretera.

—Ya sabes que crecí con tu padre, Ken. Fuimos amigos desde muy pequeños.

—No, la verdad es que no tenía ni idea —contesto. Lo fulmino con la mirada y me volteo para contemplar el paisaje que pasa a gran velocidad—. Por lo visto, no tengo ni puta idea de nada.

—Bueno, pues es la verdad. Nos criamos casi como si fuéramos hermanos.

—Y entonces ¿te tiraste a su mujer? —digo interrumpiendo su idílica historia.

—Oye —responde prácticamente rugiendo y agarrando con tanta fuerza el volante que los nudillos se le han puesto blancos—, estoy intentando explicarte esto, así que déjame hablar, por favor. —Inspira hondo para calmarse—. Respondiendo a tu pregunta, no fue así como sucedió. Tu madre y Ken empezaron a salir en el colegio, cuando ella se trasladó a Hampstead. Era la chica más guapa que había visto en mi vida.

Se me revuelve el estómago al recordar la imagen de la boca de Vance sobre la suya.

—Pero ella se enamoró de Ken al instante. Pasaban cada segundo del día juntos, como Max y Denise. Podría decirse que los cinco formábamos un grupito. —Christian suspira, sumido en el ridículo recuerdo, y su voz se torna distante—. Era una mujer despierta e inteligente y estaba loca por tu padre... Mierda. No voy a ser capaz de dejar de referirme a él de ese modo...

Gruñe y golpea el volante con los dedos como para incitarse a sí mismo a proseguir.

—Ken era inteligente. Lo cierto es que era incluso brillante, y cuando entró en la universidad con una beca completa y admisión anticipada, empezó a estar muy ocupado. Demasiado ocupado para ella. Pasaba horas y horas en la universidad. Pronto acabamos conformando el grupo nosotros cuatro solos, sin él, y las cosas en-

tre tu madre y yo... En fin, mis sentimientos por ella se intensificaron muchísimo, y los suyos por mí se despertaron.

Vance se toma un momento de descanso para cambiar de carril y para encender la ventilación del auto, de modo que entre más aire. Éste sigue siendo denso y pesado, y mi mente es un putito torbellino cuando empieza a hablar de nuevo.

—Yo siempre la quise, y ella lo sabía, pero ella lo quería a él, y él era mi mejor amigo. —Traga saliva—. Conforme fueron pasando los días, nos hicimos... íntimos. No en un sentido sexual todavía, pero ambos nos dejamos llevar por nuestros sentimientos sin tapujos.

—Ahórrame los putos detalles. —Aprieto los puños sobre el regazo y me obligo a cerrar la boca para que termine su historia.

—Está bien, está bien. —Mantiene la mirada fija hacia adelante—. En fin, una cosa llevó a la otra y acabamos teniendo una aventura. Ken no tenía ni idea. Max y Denise sospechaban algo, pero ninguno comentó nada. Le rogué a tu madre que lo dejara porque la había abandonado. Sé que está mal por mi parte, pero estaba enamorado de ella.

Sus cejas se unen transformándose en una sola.

—Ella era la única vía que tenía para escapar de mis propias acciones autodestructivas. Ken me importaba mucho, pero no podía ver más allá de mi amor por ella. Nunca fui capaz. —Exhala con fuerza.

—¿Y...? —lo animo a continuar al cabo de unos segundos de silencio.

—Sí... Cuando anunció que estaba embarazada, pensé que huiríamos juntos y que se casaría conmigo en lugar de hacerlo con él. Le prometí que, si me escogía a mí, lo dejaría todo y estaría allí para ella..., para ustedes.

Siento sus ojos fijos en mí, pero me niego a mirar dentro de ellos.

—Tu madre consideraba que yo no era lo bastante estable para

ella, de modo que tuve que quedarme allí sentado, mordiéndome la lengua cuando ella y tu p... y Ken anunciaron que estaban esperando un hijo y que iban a casarse esa misma semana.

«¿Qué carajos...?» Me giro hacia él, pero está claramente perdido en el pasado, con la vista fija en la carretera.

—Yo quería lo mejor para ella, y no podía arrastrarla por el fango y arruinar su reputación contándole a Ken o a quien fuera la verdad de lo que había pasado entre nosotros. Me repetía constantemente que, en el fondo, él tenía que saber que el hijo que crecía en su vientre no era suyo. Tu madre juraba y perjuraba que él no la había tocado en meses. —Los hombros de Vance tiemblan ligeramente cuando un evidente escalofrío le recorre la espalda—. Acudí a su pequeño enlace vestido de traje y fui su padrino. Sabía que él le daría todo lo que yo no podía darle. Yo ni siquiera pensaba ir a la universidad. Lo único que hacía con mi tiempo era desear a una mujer casada y memorizar páginas de novelas antiguas que jamás se harían realidad en mi vida. No tenía planes de futuro, ni dinero, y ella necesitaba ambas cosas. —Suspira intentando escapar del recuerdo.

Al mirarlo, lo que me pasa por la cabeza y lo que me siento obligado a decir me sorprende. Formo un puño y después relajo la mano intentando contenerme.

Entonces formo un puño de nuevo, y no reconozco mi voz cuando pregunto:

—Así que, básicamente, ¿mi madre te utilizó para divertirse y después te dejó porque no tenías dinero?

Vance exhala profundamente.

—No. No me utilizó. —Mira en mi dirección—. Sé que es lo que parece, y que es una situación de mierda, pero ella tenía que pensar en ti y en tu futuro. Yo era un auténtico desastre, no valía para nada. No tenía ningún futuro.

—Y ahora eres millonario —señalo con resentimiento.

¿Cómo puede defender a mi madre después de toda esa mier-

da? ¿Qué demonios le pasa? Pero de repente caigo en la cuenta de algo y pienso en ella, que perdió a dos hombres que más adelante lograron hacer una fortuna, mientras ella trabaja como una mula para volver a su triste casucha.

Vance asiente.

—Sí, pero por aquel entonces nadie lo habría imaginado. Ken lo tenía todo organizado, y yo no. Punto.

—Hasta que empezó a emborracharse todas las noches.

La ira aumenta de nuevo. El afilado aguijónazo de la traición me atraviesa y siento que jamás podré escapar de esta rabia que me invade. Me pasó la infancia con un puto borracho mientras Vance se daba la gran vida.

—Ésa fue otra de mis cagadas —dice este hombre al que durante tanto tiempo creí conocer de verdad—. Pasé una época de mierda después de que tú nacieras, pero me matriculé en la universidad y amé a tu madre en silencio...

—¿Hasta...?

—Hasta que tú tuviste unos cinco años. Era tu cumpleaños y estábamos todos en tu fiesta. Entraste corriendo en la cocina buscando a tu padre... —La voz de Vance se entrecorta y cierro el puño con más fuerza—. Llevabas un libro agarrado contra el pecho, y por un segundo olvidé que no te referías a mí.

Golpeo con fuerza el tablero del auto.

—Déjame bajar del auto —le ordeno.

No puedo seguir escuchando esto. No puedo soportarlo. No puedo asimilarlo todo de golpe.

Vance ignora mi arrebato y continúa conduciendo por la calle residencial que atravesamos.

—Aquel día perdí el control. Le exigí a tu madre que le contara la verdad a Ken. Estaba harto de verte crecer como un mero espectador, y para aquel entonces ya tenía mis planes asegurados para trasladarme a Estados Unidos. Le supliqué que viniera conmigo y que te trajese, hijo mío.

«Hijo mío.»

Se me revuelve el estómago. Debería saltar del auto en marcha. Observo las encantadoras casitas que dejamos atrás mientras pienso que prefiero mil veces el dolor físico a esto.

—Pero ella se negó y me dijo que había solicitado unas pruebas y que... al final resultaba que no eras hijo mío.

—¿Qué? —Me llevo la mano a la frente para frotarme las sienes. Destrozaría el tablero con el cráneo si tuviese la certeza de que eso me ayudaría en algo.

Miro a Christian y veo cómo mira a izquierda y a derecha rápidamente. Entonces soy consciente de la velocidad a la que avanzamos y me doy cuenta de que está evitando parar en los semáforos y las señales de *stop* para impedir que yo salte del auto.

—Supongo que le entró el pánico. No lo sé. —Me mira—. Sabía que estaba mintiéndome. De hecho, muchos años después admitió que no había solicitado prueba alguna. Pero en aquel momento se mantuvo firme; me dijo que lo dejara estar y se disculpó por haberme hecho creer que eras mío.

Me centro en mi puño. Flexiono, relajo. Flexiono, relajo...

—Al cabo de un año empezamos a hablar otra vez... —añade, pero algo en su tono me indica que hay algo más.

—Quieres decir que empezaron a follar otra vez.

Y otro largo suspiro escapa de su boca.

—Sí... Cada vez que estábamos juntos cometíamos el mismo error. Ken trabajaba mucho, estudiaba para su máster y ella estaba en casa contigo. Te parecías muchísimo a mí. Siempre que llegaba tenías la cara enterrada entre las páginas de algún libro. No sé si te acordarás, pero yo siempre te llevaba libros. Te regalé mi copia de *El gran Gats...*

—Basta. —Me estremece la adoración que detecto en su voz, al tiempo que recuerdos distorsionados nublan mi mente.

—Seguimos dejándolo y volviendo durante años, y pensábamos que nadie lo sabía. Fue culpa mía: era incapaz de dejar de

amarla. Hiciera lo que hiciese, no me la quitaba de la cabeza. Me trasladé cerca de donde ella vivía, concretamente a la casa de enfrente. Tu padre lo sabía; no sé cómo, pero al final era evidente que así era. —Tras una pausa y después de entrar en otra calle, Vance añade—: Fue entonces cuando comenzó a beber.

Me incorporo y golpeo el auto con las manos abiertas. Él ni siquiera se inmuta.

—¿De modo que me dejaste con un padre alcohólico que sólo era alcohólico por culpa tuya? —Mi voz cargada de furia inunda el auto, pero apenas puedo respirar.

—Intenté convencerla, Hardin. No quiero que la culpes, sólo digo que intenté persuadirla para que los dos vinieran a vivir conmigo, pero ella se negó. —Se pasa las manos por el pelo y se tira de las raíces—. A cada semana que pasaba, bebía más y con más frecuencia. Como ella seguía sin admitir que eras hijo mío, ni siquiera ante mí, me marché. Tenía que irme.

Deja de hablar y, cuando lo miro, veo que parpadea rápidamente. Acercó la mano a la manija de la puerta, pero él acelera y pulsa el botón de cierre centralizado varias veces seguidas. El clic-clic parece resonar por todo el auto.

Entonces empieza a hablar de nuevo con voz apagada:

—Me trasladé a Estados Unidos y no supe nada de tu madre durante años, hasta que Ken la dejó. No tenía un centavo y trabajaba como una mula. Yo ya había empezado a ganar dinero, por supuesto no tanto como ahora, pero tenía de sobra. Volví aquí y compré una casa para nosotros, para los tres, y cuidé de ella en su ausencia, pero tu madre empezó a distanciarse de mí. Ken le envió los papeles del divorcio desde dondequiera que se hubiese largado, y ella seguía sin querer tener nada permanente conmigo. —Frunce el ceño—. Después de todo lo que hice, continuaban sin ser suficiente.

Recuerdo que fuimos a vivir con él cuando mi padre se marchó, pero nunca me paré a pensar mucho en ello. No tenía ni idea

de que hubiese sido porque tenía algo con mi madre, ni que yo pudiera ser su hijo. La arruinada imagen que ya tenía de Trish está ahora totalmente destrozada. He perdido por completo el respeto hacia ella.

—De modo que cuando volvió a trasladarse a esa casa, seguí cuidando de ustedes económicamente, pero regresé a Estados Unidos. Tu madre empezó a devolverme los cheques todos los meses y no respondía a mis llamadas, así que comencé a dar por hecho que había encontrado a otra persona.

—Pues no es así —replico—. Se pasaba todas las horas de todos los días de la semana trabajando. Pasé mi adolescencia solo en casa; por eso acabé juntándome con malas compañías.

—Creo que esperaba que él volviera —se apresura a decir Vance, y entonces hace una pausa—. Pero no lo hizo. Siguió bebiendo año tras año y al final algo lo llevó a decidir que ya era suficiente. Estuve siglos sin hablar con él, hasta que se puso en contacto conmigo cuando se mudó a Estados Unidos. Estaba sobrio, y yo acababa de perder a Rose.

»Rose fue la primera mujer a la que pude mirar sin ver en ella la cara de Trish. Era muy dulce, y me hacía feliz. Sabía que jamás amaría a nadie del modo en que había amado a tu madre, pero me sentía bien con Rose. Éramos felices, y empecé a construir una vida con ella, pero por lo visto alguien me había echado una maldición... y ella enfermó. Dio a luz a Smith, y la perdí...

Al oír ese nombre me quedo boquiabierto.

—Smith. —He estado demasiado ocupado intentando encajar las putas piezas como para pararme siquiera a pensar en el niño. ¿Qué significa esto? «Mierda...»

—Consideré a ese pequeño genio mi segunda oportunidad para ser padre. Él hizo que volviera a sentirme completo tras la muerte de su madre. Siempre me recordó a ti cuando eras pequeño; es igual que tú cuando tenías su edad, sólo que con el pelo y los ojos más claros.

Recuerdo que Tessa dijo lo mismo cuando lo conocimos, pero yo no lo veo así.

—Esto... esto es una puta mierda —es lo único que soy capaz de decir.

Mi teléfono entonces comienza a vibrar en el bolsillo, pero me quedo mirándome la pierna como si fuese una sensación fantasma, y soy incapaz de moverme para contestar a la llamada.

—Lo sé, y lo siento mucho —contesta Vance—. Cuando te trasladaste a Estados Unidos, pensé que podría estar cerca de ti sin ser una figura paterna. Mantuve el contacto con tu madre, te contraté en la editorial e intenté acercarme a ti todo cuanto me permitieses. Arreglé mi relación con Ken, aunque siempre habrá cierta hostilidad entre nosotros. Creo que sintió lástima de mí cuando perdí a mi mujer, y por aquel entonces él había cambiado mucho. Yo sólo quería estar cerca de ti, de la manera que fuese. Sé que ahora me detestas, pero me gustaría pensar que lo conseguí, aunque sólo fuera durante un tiempo.

—Me has estado mintiendo toda mi vida.

—Lo sé.

—Y mi madre, y mi... y Ken.

—Tu madre sigue sin querer reconocerlo —dice Vance, excusándola de nuevo—. Apenas lo admite todavía. Y en cuanto a Ken, él siempre tuvo sus sospechas, pero ella nunca se lo confirmó. Supongo que continúa aferrándose a la mínima posibilidad de que seas su hijo.

Pongo los ojos en blanco al oír sus absurdas palabras.

—¿Me estás diciendo que Ken Scott es tan tonto como para creer que soy hijo suyo después de todos los años que estuvieron follando a sus espaldas?

—No. —Detiene el auto a un lado de la carretera, pone el freno de mano y me lanza una mirada seria e intensa—. Ken no es tonto; sólo es un iluso. Él te quería, y sigue queriéndote, y tú eres la única razón por la que dejó la bebida y terminó su carrera. Aunque sabía

que la posibilidad estaba ahí, lo hizo todo por ti. Lamenta el infierno que te hizo pasar y toda la mierda que le sucedió a tu madre.

Me estremezco cuando me vienen a la mente las imágenes que me atormentan en mis pesadillas, cuando revivo lo que aquellos soldados borrachos le hicieron hace tantos años.

—No te hiciste ninguna prueba. ¿Cómo sabes que de verdad eres mi padre? —No puedo creer que esté preguntando esto.

—Lo sé. Y tú también lo sabes. Todo el mundo decía siempre lo mucho que te parecías a Ken, pero estoy seguro de que es mi sangre la que corre por tus venas. Las fechas también confirman que él no puede ser tu padre. Es imposible que tu madre hubiera quedado embarazada de él.

Me centro en los árboles del exterior y mi teléfono empieza a vibrar de nuevo.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué me lo cuentas ahora? —pregunto levantando la voz mientras se evapora la escasa paciencia que me queda.

—Porque tu madre está paranoica. Ken me dijo algo hace dos semanas, algo acerca de que te hicieras unos análisis de sangre para ayudar a Karen. Se lo comenté a tu madre y...

—¿Unos análisis para qué? ¿Qué pinta Karen en todo esto?

Vance me mira la pierna, y después su propio teléfono, que descansa sobre el tablero.

—Deberías contestar —dice—. Kimberly me está llamando a mí también.

Pero niego con la cabeza. Llamaré a Tessa en cuanto salga de este auto.

—Siento muchísimo todo esto. No sé en qué demonios estaba pensando para ir a su casa anoche. Ella me llamó y yo... no sé qué me pasa. Kimberly va a ser mi mujer. La amo más que a nadie, más incluso de lo que jamás amé a tu madre. Es un amor diferente, un amor correspondido, y ella lo es todo para mí. Cometí un tremendo error al volver a ver a tu madre, y me pasaré el resto de mi vida intentando subsanarlo. No me sorprendería nada que Kim me dejara.

«Por favor, ahórrame este numerito patético.»

—Muy sutil por tu parte. Sí, probablemente no deberías haber intentado tirarte a mi madre en la cocina.

Me fulmina con la mirada.

—Parecía estar asustada, y me dijo que quería asegurarse de que su pasado se quedaba realmente en el pasado antes de casarse. Y yo soy todo un experto en tomar malas decisiones —dice claramente avergonzado mientras tamborilea el volante con los dedos.

—Yo también —farfullo para mis adentros mientras me dispongo a abrir la puerta.

Pero me agarra del brazo.

—Hardin.

—Suéltame. —Lo aparto y salgo del auto.

Necesito tiempo para procesar toda esta mierda. Acabo de recibir un aluvión de respuestas a preguntas que jamás me había planteado preguntar. Necesito respirar y calmarme; necesito alejarme de él y reunirme con mi chica, mi salvación.

—Necesito que te distancies de mí. Ambos lo sabemos —le digo al ver que no mueve el auto.

Me observa durante un instante, asiente y me deja en la acera.

Miro a mi alrededor y reconozco el escaparate de una tienda que hay a mitad de la calle, lo que me indica que estoy a dos manzanas de la casa de mi madre. Siento cómo me late la sangre detrás de las orejas mientras me llevo la mano al bolsillo para llamar a Tess. Necesito oír su voz y que me devuelva a la realidad.

Observo el edificio mientras espero que responda y mis demonios se debaten en mi interior, arrastrándome a una placentera oscuridad. Con cada tono que pasa sin contestar, tiran con más fuerza y me arrastran más y más, hasta que pronto mis pies comienzan a trasladarme al otro lado de la calle.

Me meto el teléfono de nuevo en el bolsillo, abro la puerta y entro en el familiar escenario de mi pasado.

